

palabra *moneda* tiene orígenes religiosos, pues los romanos acuñaban las de plata en el templo de Juno *Moneta* ‘avisadora’, en recuerdo de las ocas sagradas que con sus gritos advirtieron del ataque de los galos, con lo que Roma se salvó.

Sin embargo, los cambios sociales son lentos y aún pervive la oración, si bien, como todo el Folklore, la tradición oral religiosa está moribunda. Por eso conviene recoger todos los materiales que podamos —lo mismo que en las otras ramas de la literatura oral— mientras queden gentes que todavía conservan parcialmente la cultura tradicional legada por sus antepasados.

No debemos pasar por alto un aspecto muy importante de la religiosidad popular: las relaciones del pueblo con Dios, la Virgen y los santos son descaradamente interesadas, la gente no se dirige a los habitantes del cielo para tributarles con devoción culto de la tría, hiperdulía o dulía, según el rango, sino para pedirles cosas, bien materiales casi siempre. Y con objeto de estimular a los seres superiores, un poco remisos, se les promete algo a cambio de sus favores, la relación con ellos es en cierto modo comercial, condicional: *do ut des* (*la morcilla de San Andrés, / te la doy para que me la des*), “si me concedes lo que te pido te pongo una vela”, o “voy descalza en la procesión”, o “llevo hábito un año” (son las *promesas*). Se advierte el bajo concepto que gran parte del pueblo tiene de los seres superiores —por lo demás, como en el paganismo grecolatino—, todavía con mayor claridad en ciertas prácticas populares, como la de bañar la imagen del santo patrón para que se entere bien de que es agua lo que se le pide, porque hay sequía.

Entrando ya en el tema, diré que entiendo por oración popular un texto en verso, de carácter religioso (normalmente petitorio) y de transmisión oral. Es sabido que las oraciones populares viven al margen de las *oficiales* de la Iglesia —aunque algunas procedentes de libros piadosos se hacen semitradicionales—, y a veces se apartan de la ortodoxia dogmática; hace unos años entrevisté en la sacristía de una iglesia del norte de la provincia a una anciana, madre de cura, el cual estaba presente y se asombraba de que ella supiera los romances sacros y las oraciones que él jamás le había oído.

La clasificación de las oraciones populares es tarea difícil, aunque no tanto como la de los cuentos o los romances. Podríamos utilizar varios criterios: su carácter exotérico o esotérico, su forma